

despellejando muy tranquilo el cuero de sus zapatos, cuando un criado entró á decir que un extranjero buscaba al señor general Garza, el cual arregló su camisa y pantalones, que estaban en el mayor desorden, y mandó al criado que introdujera al recién venido. En efecto, á poco momento se volvió á abrir la puerta, y se dejó ver un hombre de buenas facciones y gallarda presencia, que se dirigió con los brazos abiertos hacia Garza, con muestras de una vivísima alegría, exclamando:

—¡¡¡General!!!!..... Qué famoso y qué robusto encuentro á Ud.

Garza lo abrazó también con señales de placer y ternura, contestándole:

—¡¡¡Coronel!!! Bien venido sea Ud. á esta casa, puesto que también llega con salud. Siéntese Ud., que tenemos mucho que hablar.—Arrimó una silla para el coronel mientras él se sentó en la hamaca, y continuó:—Con que, dígame Ud. ¿qué santo ha hecho el milagro de traer á Ud. tan pronto por su patria adoptiva?

—Qué quiere Ud., general, el pedazo de tierra donde ha hecho uno sus campañas, tiene recuerdos que no sé pueden borrar; y una patria adoptiva se ama á veces con más ardor que la tierra natal.

—La verdad, yo me figuré cuando Ud. se embarcó, que jamás volvería á México.

—Pues ya me ve Ud., general, y con verdad le digo, que á pesar de lo triste y melancólico de las playas de México, las he vuelto á ver con cierta alegría.

—¿De veras, coronel? Y á propósito, ¿cómo ha dejado Ud. al emperador?

—Está..... está triste y deseando....

—¡Ah! ¿con que lo dejó Ud. en Europa?

—Oh, sí, en Europa, por supuesto—contestó con vivacidad el coronel.

—¿Y piensa venir?

—Es natural que tenga siempre en su pensamiento á México. Creo que Ud. en su caso no se conformaría con morir en una tierra extraña.

—Ciertamente que no,—interrumpió Garza con una voz compungida;—y mucho más si pudiera aún servir de algo á mi país, como el señor Iturbide.

—¿Con que Ud. cree,—observó el coronel,—que el emperador podría servir todavía á México?

—Por supuesto. Desde que se fué todo se ha vuelto desunión, discordia y desorden; y yo juzgo que su presencia sola, bastaría para reunir la opinión, consolidar el gobierno, y afianzar para siempre la independencia.

—Así se lo han escrito á Londres muchos de sus amigos; pero ha temido que el partido de los borbonistas y republicanos se subleve en su contra y.....

—¡Tontería! ¿Qué podrán unos cuantos miserables contra todo un pueblo?

—Si Ud. viera, general, lo abatido, lo melancólico que está continuamente el emperador. ¡Oh! es un hombre que ama de veras á su país, y que le duele en el alma que sea desgraciado.

—Lo creo así, coronel, y ya digo á Ud. que no tenemos más remedio, sino que viniera, para que confundiera también á tanto ingrato.—Garza se limpió los ojos con su pañuelo, y el coronel que lo observó, acercó su silla, y le dijo:

—Pues bien, general; veo que es Ud. uno de los amigos sinceros del emperador, y deseo confiarle un secreto.—Garza hizo una señal al compadre Juan y éste salió de puntillas y cerró con tiento la puerta. Garza contestó:

—Estamos ya solos, y puede Ud. decirme su secreto, en el concepto que mi influjo, mi espada, mis bienes, todo está á disposición del emperador, de ese hombre desgraciado á quien desterraron tan injustamente unos cuantos ambiciosos.

El coronel se aseguró de que nadie los escuchaba, y acercándose al oído de Garza, le dijo:

—El emperador está á bordo del bergantín en que yo vine, que permanece anclado frente de la barra.

Garza dió un salto, y desencajó los ojos; pero reponiéndose al instante, continuó:

—Coronel, es Ud. muy indiscreto en darme tan de golpe una noticia tan plausible. Bueno, muy bueno; el emperador tiene muchos enemigos, pero aquí lo defenderemos....

vamos, estoy loco de alegría, y ésta noticia merece que bebamos un vaso de vino.

Esto diciendo, sacó de una alacena dos grandes vasos, los cuales llenó de vino, y tomando uno, y dando el otro al coronel, bebieron ambos por el feliz arribo á México de S. M. I., el emperador don Agustín I.

IV

Los ríos parece que no sólo tienen la facultad de abonar las tierras vecinas y hacer crecer lozanos y bellos los árboles y plantas de sus orillas, sino también de crear, por decirlo así, bajo el influjo benéfico de sus aguas, ciudades ó pueblos alegres, fértiles, poblados y abundantes. Por una anomalía inexplicable no sucede así con Padilla, que á pesar de tener en sus orillas un río cristalino, acariciado por las flexibles ramas de los sauces y álamos, siempre ha sido un pueblo tristísimo, encicento y melancólico. Padilla, pues, no viene á ser más que un reptil inmundo, que vive y vejeta entre la humedad y los matorrales de su transparente y poético río. Esto no obsta para que en la época de que vamos hablando, fuera capital del Estado libre y soberano de Tamaulipas, y tuviera por consecuencia su congreso, su palacio, sus guardias cívicas, sus casas consistoriales; creo, y es natural, que hasta su tribunal superior de justicia, etc., etc. Todo era por supuesto una miserable parodia de gobierno y de ciudad; pero dejemos esto á un lado, y sigamos con nuestra narración.

Un día, creo que el 16 de Julio de 1824, los pocos habitantes de Padilla estaban agrupados en la puerta de una casa baja de piedra que llamaban el palacio, donde acababa de entrar un hombre de buen parecer, pelo rubio y ojos azules, acompañado del coronel y del general á quienes hemos visto platicando en Soto-la-Marina. El reducido número de gentes que permanecían agrupadas en el dicho palacio y en la plaza, estaban por demás alegres y gozosas con la llegada del nuevo personaje, y ya se debe suponer que las viejas lo bendecían, las muchachas tenían ganas de verlo muy de cerca,

y los chicuelos importunaban á sus madres con preguntas. Pero dejemos también á éstas buenas gentes con su regocijo y con su curiosidad, y entremos un momento á un cuarto reducido, é iluminado por la escasa luz de una claraboya donde estaban los personajes de que se trata. El de pelo rubio estaba sentado al lado de una mesa, en un grande y tosco sillón antiguo; el coronel permanecía detrás, apoyado un brazo en el respaldo de la misma silla, y el compadre Felipe en pie con una cara entre halagüeña y respetuosa. Fué este último el que habló:

—Desearía saber si S. M. no tiene algo que ordenar á su antiguo amigo y servidor.

—Ya dije á Ud., general, que lo único que quería era repetirle mis agradecimientos por sus finezas, y particularmente por haberme otorgado la confianza de que mandara yo la escolta que nos condujo del puerto á esta ciudad.

—En cuanto á eso no cumplí más que con un deber. Cuando estaba á mi lado un emperador, yo, simple brigadier, no tenía más que obedecer.

Iturbide sonrió ligeramente, y dijo:

—De las palabras que acaba Ud. de decir, la mitad son mentira y la otra mitad verdad.

Garza se puso pálido.

—No hay que asustarse,—prosiguió Iturbide.—Voy á explicarme. Ha dicho Ud. que soy emperador. Esto es mentira, pues no soy más que un pobre hombre que deseo servir á mi patria, y nada más. Ha dicho Ud. que es brigadier. Esto es verdad, pues que hasta ahora no ha tenido Ud. la desgracia de que lo destierren ni le priven de los honores que ha adquirido con su espada.

Garza se tranquilizó y contestó:

—Es S. M. bastante ingenioso y no se le acaba ese humor alegre que siempre ha tenido.

—Vea Ud., amigo mío, siguió Iturbide embutiéndose en la enorme silla; si yo estuviera realmente persuadido de que mis paisanos me aman, agradecen y aún quieren mis servicios, sería una recompensa más espléndida para mí que la corona. Esto me volvería mi buen humor, haría olvidar absolu-

tamente algunas épocas, que por más cortas que hayan sido, han pesado sobre mis hombros como una eternidad entera.

—¿Y quién duda que los mexicanos aman á su libertador? Y sobre todo si algunos enemigos obstinados é ingratos se atreven á oponerse, ya tengo dicho al coronel Beneski, que está delante, que mi espada, mis bienes, mi vida, todo está á disposición de...

Iturbide no lo dejó acabar, sino que se puso en pie, le estrechó suavemente la mano, y le dijo:

—Gracias, gracias, general, es Ud. muy generoso; pero yo no quiero aparecer en México con la tea de la discordia, sino con la oliva de la paz. Hablaremos sobre esto más despacio, y Dios mediante, todo se puede arreglar con calma.

Garza se inclinó profundamente y se despidió del emperador. Al salir dijo al oficial de guardia: "El emperador no deberá salir de ese cuarto, y hago á Ud. responsable de su persona. Es menester tomar éstas precauciones para evitar un atentado de parte de los enemigos de S. M." El oficial se tocó el sombrero, y Garza se retiró lentamente.

Al día siguiente Iturbide quiso salir de la puerta de su cuarto; pero el centinela le dijo sin duda, lo que el recluta á Napoleón: "On ne passe pas qu'oiqu'on soit le petit corporal."—Tres días pasaron así. Iturbide no sabía qué pensar de ésto.

V

El día 19 entró Garza al cuarto de Iturbide con un semblante sereno, tranquilo, indiferente, saludó con una leve genuflexión, tomó asiento, y se puso á jugar con una orilla de la carpeta de la mesa.

Iturbide correspondió el saludo, y le dijo:

—Muchas ocupaciones habrán rodeado á Ud. cuando no ha venido para que tratemos de tantos y tan delicados asuntos.

—Un sólo asunto tenía yo; lo he concluido, y ya me tiene S. M. para anunciarle el resultado.

—Veamos, qué asunto es ese.

—En México han declarado al emperador fuera de la ley, y el congreso de Tamaulipas en sesión plena ha decretado que esa disposición se debe cumplir. En consecuencia, dentro de tres días deberá S. M. subir al patíbulo.

Iturbide se puso pálido; pero pasado un momento respondió:

—General, la amistad, no autoriza á Ud. para usar esas chanzas, y yo mando á Ud. que deje ese lenguaje y se disponga á tratar seriamente sobre los asuntos que conciernen al bien de la patria.

—Emperador, yo respondo á Ud. que nunca he usado chanzas con nadie, y que lo que digo á Ud. no es más que la verdad. Así, pues, todos los asuntos que restan á Ud. es disponer su alma, que en cuanto á la patria no desea quien se interese por ella, ni quien la defienda.

Iturbide se mordió los puños de rabia, y con el semblante encendido y una voz de trueno exclamó:

—¿Con que eso han hecho los traidores? ¿Con que el congreso de Tamaulipas se erige en juez? ¿Con que el amigo que hace poco me ofrecía su espada, es ahora mi verdugo? Por todos los santos del cielo dígame Ud. la verdad, general, porque lo que acaba Ud. de decir ó es una impostura, ó es una obra infame de Lucifer.

Garza tembló; pero echando la vista á los centinelas, recobró su sangre fría y respondió:

—He dicho la verdad, y creo que el emperador me ahorrará el trabajo de repetirle que está condenado á muerte.

—¡Emperador!--exclamó Iturbide.--¿Y por qué añade Ud. al crimen la burla? ¿Por qué combina Ud. estas dos palabras de emperador y de muerte? Pero yo apelo al mundo entero de esta sentencia, porque yo ignoraba la ley, y porque los legisladores no pueden ser jueces.

—Como está Ud. reducido á este cuarto y custodiado por centinelas fieles, el mundo no oír la apelación de Ud., y la ley se cumplirá.

Iturbide inclinó la cabeza con profundo

desconsuelo, y prosiguió con una voz persuasiva:

—General, es verdad que el mundo no oirá mi apelación; pero Ud., que es mexicano evitará una mancha á su patria, porque no lo dude Ud., cuando á un hombre que ha hecho servicios se le mata tan bárbaramente, es una infamia.

—La ley lo manda.

—Yo no soy un traidor, general. ¿Imagina Ud. que yo destruyera la obra de mis manos? ¿Que yo hiciera esclavo á un pueblo á quien le quité las cadenas? ¡Oh! no debo morir!

—La ley lo manda.

—Cuando conocí que la paz peligraba, que la sangre mexicana iba á correr por mi causa, me acordé que en la santa casa de ejercicios había jurado ante el Dios Crucificado, no derramar ya una sola gota de sangre. Por cumplir mi juramento, arrojé el manto, el cetro y la corona, y me lancé sólo y aislado en medio del Océano, llevando por único tesoro, mis servicios y mi buena fe. Un hombre que da estas pruebas no debe ser asesinado como un bandido.

—La ley lo manda.,

—Llegué á Europa. Encontré en esas cortes bulliciosas y alegres sólo fastidio y melancolía, porque el recuerdo de mis compatriotas envueltos en las discordias, destrozaba mi alma y pesaba sobre mi corazón. Fui en estas circunstancias invitado por mis amigos para calmar los ánimos, para ver si conseguía darles otro tesoro que les faltaba, que era la paz, y me encuentro con un patíbulo que reclama mi cabeza. ¿Es justo esto?

—La ley lo manda.

—General, Ud. podía salvar á mi pobre familia concediéndole la vida de su padre. Esta acción estoy seguro que el cielo la recompensaría.

—No puede ser. La ley manda que sea Ud. fusilado.

—He dicho á Ud. que yo ignoraba tal ley. Disponga Ud. que me reembarque, y prometeré no volver jamás al país. Haga Ud. una obra de piedad con un desgraciado, ó ¿es preciso que muera?

—La ley lo manda.

—General, gritó Iturbide frenético. Maldito sea Ud. y la tierra en que vió la luz. Es Ud. una hiena, y no un hombre. Suplico á Ud. que olvide que he implorado su compasión. Bien, muy bien, puesto que no hay remedio, moriré con valor, con orgullo, y conservando hasta el último momento la enorme distancia que hay entre Ud. y yo; es decir, entre el inocente y el verdugo; entre el libertador y el asesino. Vamos, general, levante Ud. los ojos, no tiemble, míreme de frente sin temor.

Garza tembló y bajó la vista: entonces Iturbide le apretó la mano fuertemente, y le dijo:

—Gracias, gracias, general; es Ud. muy infame y muy vil.

Garza salió desconcertado; pero pasadas unas cuantas horas Iturbide le mandó suplicar que le concediese una entrevista de diez minutos. Garza tuvo valor de ponerse en presencia del emperador. Este con voz dulce le dijo:

—General, he llamado á Ud. para pedirle perdón. Hace un momento tenía, según creo, una especie de delirio, y he proferido palabras injuriosas. Veo que mi suerte está trazada por la mano del que es dueño de las coronas y de los imperios, y que los hombres no son más que instrumentos de su justicia. Muchas faltas he cometido en mi vida, y Dios tiene infinita misericordia de mí, castigándome en el mundo para perdonarme en la eternidad. En cuanto á Ud., general, no hace más que cumplir con la ley, y lo perdono.

Garza salió sin proferir una palabra, é Iturbide se puso á escribir y á implorar el perdón del Altísimo.

Como el pueblo amaba á Iturbide, se temió un levantamiento, y se apresuró la ejecución; así es que al día siguiente salió del llamado palacio para la esquina de la plaza, donde estaba el suplicio. Allí dió sus disposiciones para el regreso de su familia, y la encomendó á la piedad de su patria. Exhortó en seguida á los mexicanos á la unión y á la concordia; perdonó á todos sus enemigos, y les deseó acierto y prosperidad. Hizo al Señor su última oración, y aguardó la

muerte con tranquilidad. Los soldados que lo fusilaron lloraron de dolor y despecho. ¡Dios haya recibido su alma!

La familia del héroe de Iguala vive en los Estados Unidos. Su hijo mayor lleva al pecho la cruz de Ayacucho, que ganó combatiendo por la independencia de Colombia á las órdenes de Simón Bolívar, y es actualmente secretario de la legación mexicana en Inglaterra. Beneski se suicidó.

En cuanto al general Garza, como llegó su hora final, habrá reunirse en la eternidad con su víctima. El héroe y el verdugo han dado cuenta de sus obras á un tribunal más justo y más severo que el de los hombres. Lloremos sobre la tumba del desgraciado, y roguemos al cielo por el criminal.

VI

Un día llegué á Padilla. El pueblo estaba casi desierto, y me pareció que la maldición del cielo lo agobiaba. Busqué al alcalde y tuve la fortuna de encontrar un hombre de buenos modales y algún talento. Como fué testigo presencial de la muerte de Iturbide, me contó algunas particularidades que unidas á los apuntes históricos que existen impresos, me han servido para formar este artículo. Me enseñó los sitios donde se desenlazó este drama histórico, que comenzó por un alegre grito de libertad, y concluyó con un lúgubre lamento de muerte. La sala donde se reunió el congreso para sentenciar al supuesto reo, es una galera de veinte varas de largo, sucia y lóbrega, y que entonces, lo mismo que ahora, estaba ocupada con algunos costales de maíz. El sitio es muy digno de los representantes que legislaban y juzgaban en él.

La pieza donde estuvo preso Iturbide es un cuarto estrecho con una alta claraboya por donde recibe escasa y triste luz. Las paredes están llenas de letreros y rúbricas pintadas con carbón; pero entre esas líneas mal formadas se encuentra un barquito pintado. El alcalde me aseguró que este barco lo pintó el mismo Iturbide.

Del palacio nos dirigimos á una iglesia de adobe, que está amagando ruina. A un lado

de la puerta estaban dos palos que sostenían una pequeña campana, y frente á la puerta de la iglesia una gran lápida sin inscripción, debajo de la cual reposaban los restos del mártir de la independencia. En la esquina, que forma un jacal situado frente de la iglesia, se halla una cruz de madera clavada en un montón de piedras. En este sitio fué fusilado Iturbide. La cruz estaba cayéndose, por lo cual me entretuve en amontonar más piedras y ponerla derecha, cavilando mientras en el destino que arrastra á los hombres desde un lecho de púrpura, hasta el camaranchón de un calabozo; desde el esplendor de un trono hasta la obscuridad de una sepultura.

MANUEL PAYNO.

México, 1843.

NOTA

(Correspondiente á la página 273.)

El señor Pedraza en el manifiesto que publicó en Nueva Orleans en 1831, refiere de este modo los planes que proyectó Iturbide para realizar la independencia. "Yo lo conocí, dice, en 1812 y frecuenté su casa los años 18 y 19; varias veces por accidente. "hablamos acreca del estado del país; él no gustaba de la democracia, y nuestras opiniones discordaban: el año de 20, sea disgustado re la conducta que se había tenido con él; sea convencido de la justicia de la independencia, pensó en ella y se propuso declararse; entonces por qué sé yo que boberas ridículas, nuestra amistad estaba interrumpida, y el rompimiento había sido muy serio; por aquel tiempo fuí nombrado por la provincia de México para las cortes de Madrid, y cuando iba á partir me encontré con él en la calle del Angel; iba yo con el Dr. Licéaga, cuando se me acercó y me dijo:—¿Tendrá Ud. embarazo en esperarme á las ocho de la noche de hoy en esta esquina?—Le respondí que ocurriría sin fal-

“ta, y nos separamos; á la hora convenida me dirigí al sitio señalado, él había llegado primero, me cumplimentó por mi puntualidad, con la gracia que le era genial, invitándome á que le acompañase; anduvimos un buen espacio en silencio, cuando me preguntó:—¿Qué juicio se forma Ud. del estado político de nuestra patria?—Se prepara, le contesté, un movimiento general, que importaría rectificar y conducir.—¿Ud. cree que yo sería capaz de hacer eso?—Mejor que nadie.—¿Y Ud. me ayudaría?—En cuanto Ud. me juzgue útil.—En esto remató nuestra conversación, y quedamos emplazados para vernos al siguiente día.”

“En efecto, á las nueve de la mañana nos reunimos en mi casa, y entonces me comunicó el siguiente plan que tenía meditado. El inspector Liñán iba á ser nombrado gobernador de México y debía elegir ayudantes generales á Concha é Iturbide, quienes alternarían por semanas á ejercer sus funciones; en una de las que Iturbide estuviera de servicio, pensaba colocar alguna tropa de su confianza en la Ciudadela, depósito entonces de la artillería y parque, y pronunciarse por la independencia; más para esto necesitaba una fuerza exterior, que correspondiendo á su plan, se acercara á la capital y secundase el movimiento; y á este fin había puesto los ojos en el coronel Armijo, general después de la primera división del rumbo de Acapulco; yo debía pasar á Chilpancingo, en donde Armijo residía, para determinarlo á adoptar el plan y hacerle acercar á Cuernavaca. Tal fué el primer proyecto de independencia de México, que no tuvo efecto por mi obstinada oposición; le hice ver á Iturbide lo indigesto del plan, la ligereza de confiarlo á Armijo, que estando mal con el virrey, aprovecharía la ocasión de acreditarse á nuestra costa, y concluí diciéndole, que en mi opinión el movimiento debería de comenzarse de la circunferencia al centro, y que la ocupación de la capital sería el último paso de la empresa: conformóse con mi dictamen, y desde ese momento se pensó en que saliera á ponerse al frente de alguna fuerza armada, y en relacionarlo con los

“jefes que yo conocía, y de quienes se podía tener confianza: para lo primero, pasó á los dos días á presentarse al virrey, quien siempre que lo veía le manifestaba el deseo de que saliese de la obscuridad en que estaba; así fué que en aquella vez el bendito Apodaca le hizo la insinuación de esto; Iturbide se le ofreció, y el virrey que deseaba un jefe que reemplazase á Armijo, en el acto le confirió el mando de la división de Acapulco: Iturbide aceptó y por mi consejo le pidió el batallón de Celaya de que era coronel: dado este paso importante, le formé una noticia de las personas influentes del territorio que iba á mandar; combinamos una clave de inteligencia para escribirnos, y le dí unas pequeñas esquelas para Parres, Echávarri, Bustamante, Anastasio Roman de Teloloapan, y Arce de los Llanos de Apam.

“Ya entonces el plan había cambiado de hecho, y estaba reducido á que los diputados que marchaban á España, se reunieran en Veracruz, y que allí se constituyesen en congreso nacional, bajo la protección de Iturbide, que debía pronunciarse en el Sur simultáneamente con los diputados en Veracruz: convenidos en esto, él marchó para Cuernavaca y yo para Puebla; en el camino comuniqué el proyecto á Molinos del Campo y González Angulo, mis compañeros de viaje; en Puebla trabajamos con poco éxito; casi fué lo mismo en Jalapa; en Veracruz nos vimos altamente comprometidos; los diputados deseaban la independencia, pero querían que cayera del cielo; hubo hombre que al oír el proyecto de emancipación, se embarcó al día siguiente, creyendo que la tierra se hundía bajo de sus pies; de todo informaba yo á Iturbide, y él apresuraba sus preparativos para acertar el golpe: los pasos que dábamos Molinos del Campo y yo, no pudieron estar ocultos al gobierno; cada día nuestra situación se volvía más difícil: pensamos una mañana marcharnos á unir con Iturbide; pero nos detuvo la reflexión de que nuestra fuga de Veracruz, podría tal vez alarmar al virrey y frustrar los proyectos de aquél; nos resolvimos, pues, á embar-

"carnos para la Habana, en donde esperábamos que nuestras ideas fuesen bien recibidas, y nuestras personas disfrutasen de seguridad; tal era el concepto que teníamos de la buena disposición de los habaneros hacia la independencia; pero fuimos desengañados á nuestro pesar, y tuvimos que pasar á Europa, más bien para librarnos de la persecución, que para negociar en Madrid en favor de nuestra causa."

"Iturbide al despedirse de mí para ir al Sur, me ofreció de la manera más solemne, que tan luego como lograrse la Independencia, haría un manifiesto á los pueblos exponiéndoles que el haber llamado á los Borbones al gobierno de México, había sido una medida de política para que ciertamente no estaba facultado; pues el derecho de constituirse residía en la nación y sólo en ella; que excitaría la convocación de un congreso y se retiraría á su casa, pero la victoria lo sedujo; Iturbide que en la adversidad habría sido otro Régulo, no pudo resistir los ataques de la prosperidad; y aquél hombre que en la campaña imitó á los héroes, en México cayó en las flaquezas más vulgares.

"Yo llegué á la capital en vísperas de la coronación; un amigo me llevó á ver al emperador; éste me recibió con la mejor cordialidad, hablamos dos horas ó por mejor decir, dos horas duró la historia que me hizo de los sucesos desde nuestra separación; yo le informé de las cosas de Europa, del concepto que había ganado en Francia como libertador, y de España en particular; y aunque respetuosamente le recordé su promesa solemne y la infracción, Iturbide mudó de color, balbució las disueltas de rutina, hizo mérito de la necesidad, no olvidó la razón de Estado, y nuestra conversación terminó con embarazo de ambos, quizá me excedí en afearle su conducta; sin embargo es menester confesar en honor suyo, que mis reconveniones no le irritaron, y que su alma aún estaba exenta de la susceptibilidad propia de los poderosos".....

"El señor Iturbide salió desterrado de la patria, y al año de su salida volvió á ella

"y fué fusilado. México perdió un buen general á quien le debió su sér político y su independencia; Iturbide cometió errores á que lo impulsaron los que se llamaban sus amigos; cuando fuí comisionado por él para proponer las capitulaciones, me dijo con el acento de la verdad que nunca engaña: "diga Ud. á Negrete que cuanto he hecho ha sido por su consejo; ó con su aprobación;" jamás olvidaré éste remarcable mensaje.

"La muerte de Iturbide se quiso apoyar en una ley que no pudo comprenderle, porque no había tiempo para que la supiera; ley de proscripción de que se abusó enormemente: su vuelta de Europa para mí, hasta hoy es un misterio; sin que fuese llamado no es creble que hubiera dado un paso tan impertinente y avanzado. Iturbide tuvo todas las cualidades que distinguen á los hombres grandes; si hubiera amado la libertad habría sido un héroe. México algún día honrará sus cenizas. "Sum cuique decus posteritas rependit."